

HEINRICH MANN: UN ILUSTRADO EN TIEMPOS DE OSCURIDAD

Reseña de la tesis doctoral leída por Venancio Andreu Baldó el 19 de octubre de 2001.

1. EL MUNDO DE HEINRICH MANN

Si abordar un autor es siempre, y también, abordar una época, ello puede ser especialmente aseverado, sin temor a error, en el caso de nuestro autor. Estamos ante una especie de caleidoscopio que permite contemplar, casi en su totalidad, un período rico y complejo de la historia alemana, en el que también se puso en juego la historia de Europa y que, pese a las apariencias, todavía no está por completo concluido. Nos referimos evidentemente a esos “tiempos de oscuridad” que fue la primera mitad del siglo veinte.

El espiritualista e idealista subjetivo H. Mann, quien a sí mismo se califica como “radical en lo espiritual”, es contradictoriamente un pensador material, tanto en la teoría como en la praxis. Estamos ante un autor que analiza la realidad mundana circundante en sus diversas facetas: política, social, económica, literaria, ideológica, existencia y ético moral, y que considera asimismo que el espíritu, lejos de purgar ajeno al mundo, ha de desplazarse sobre el suelo de la realidad. Ello es así incluso en sus primeros relatos, aquellos más simbólicos e imbuidos de modernismo, como fuera *Die Göttinnen* o *Las Diosas*.

Por ello, estudiar a H. Mann es estudiar en primer lugar al II Imperio alemán, incluida la Gran Guerra, y su prolongación en el tiempo, el Nacionalsocialismo. Es analizar, así lo revelan títulos *Die Arment* o *Los pobres*, esa confluencia, nada casual, entre plutocracia capitalista, autoritarismo y belicismo que no deja de estructurar la realidad alemana desde el II Reich hasta la barbarie. Es analizar el fracaso de Weimar, incluido ese fenómeno novedoso en el seno del capitalismo, nada insignificante para el desarrollo de los acontecimientos posteriores: la sociedad de masas.

Ahora bien, en segundo lugar, como literato y novelista H. Mann hace hincapié en los entresijos del alma, en la vida individual de los sujetos, podríamos decir en la intrahistoria unamuniana. Su obra da cuenta por ello de los componentes psicosociológicos, esto es, de los rasgos existenciales intelectuales y morales que estructuran al sujeto alemán, y lo hacen de manera ininterrumpida, desde el II Imperio hasta el Nazismo: arrogancia, grandilocuencia y maldad, características que, a su vez, descansan, sobre la debilidad y nulidad tanto intelectuales como existenciales. En definitiva, en nuestro autor tenemos también al pensador escrutador de una época, alemana y europea, a través del microcosmos de las almas.

La obra caleidoscópica de H. Mann da por último cabida a las cosmovisiones que, causa y consecuencia atraviesan el período histórico reseñado. La obra recoge la ideología dominante en Alemania desde el II Reich hasta la barbarie, un pensamiento de esencia reaccionaria y doctrinas irracionales, un pensamiento defenestrador de la razón, la moral y la ciencia que, grosso modo, y sin entrar en matices, cabe calificarse como romanticismo. Por lo demás, nuestro autor había tenido en su cercanía vital, al menos hasta el final de la Gran Guerra, un claro referente del irracionalismo por él hostigado: su hermano Thomas.

2. MIRADA ILUSTRADA.

No hay miradas puras, sin enfoque, y la mirada manniana es, de principio a fin, la de un ilustrado, esto es la de un luchador en teoría y praxis, por la emancipación humana. Esto hace de él un *rara avis* en el marco de un mundo intelectual y social que le era hostil, algo que en muchos aspectos, *mutatis mutandi*, nos recuerda la situación de la verdadera Ilustración hoy en día.

H. Mann, de manera consecuente, no cesará de luchar, de palabra y obra, en pos de dicha emancipación, tanto en su labor de literato, ensayista y novelista como en su labor política pública, El tributo que habrá de pagar por ello será elevado. Considerado traidor a la patria durante la Gran Guerra, será condenado como antialemán por la prensa *völkisch* de Weimar, para pasar poco después a engrosar las listas de los proscritos nazis. Su exilio en Francia fue el de la lucha continua, siempre a la vanguardia, intelectual y política, de los movimientos de oposición al Nazismo.

Su retiro definitivo a Santa Mónica, California, hasta su muerte en 1950, hace ahora medio siglo y un año, supuso más trabajo, así como desconcierto ante el mundo americano, que no era el suyo en ningún sentido, y estrecheces económicas. Por ello, y en resumen, con H. Mann estamos sin duda ante el paradigma de una intelectualidad real, ilustrada, crítica, combativa, sacrificada, tan escasa y necesaria hoy en día, en este hoy todavía necesitado de emancipación.

3. LA ILUSTRACIÓN DE HEINRICH MANN.

La Ilustración manniana presenta *grosso modo* una doble naturaleza, y ello *ab initio*, que la tornan especialmente interesante, en cuanto actual y necesaria. De una parte, recoge la tradición ilustrada liberal, que hunde sus raíces en Kant y Lessing, y tiene su representante epocal en Max Weber. Desde el primado del individuo y la prevención nietzscheana ante toda forma de Estado, se opone a la intolerancia y al exceso de rigor en las relaciones personales y, en el terreno político, a todo fanatismo político, algo que refuta la acusación de “jacobinismo” que le dirigiera su hermano.

Ahora bien, H. Mann es asimismo heredero de una segunda línea ilustrada que denominamos de izquierdas, de ascendencia también parcialmente kantiana, con clara presencia en Rousseau, y que subyace al marxismo. Es la ilustración que, igualmente, desde la primacía del sujeto incide en los valores de libertad positiva, entendida de forma unívoca, como la construcción del sujeto y de la comunidad racional moral, y en la igualdad, incluida la igualación económica como medio para ello. Esta segunda ilustración incluido el marxismo, ganará peso en el último Heinrich Mann, tras el fracaso de Weimar, sin que ello suponga, empero, una renuncia al contenido de verdad del mensaje más ilustrado-liberal: la necesidad de prudencia político moral.

4. DE LA INGENUIDAD AL REALISMO: LA ESFERA POLÍTICA.

La realidad percibida, el mundo captado, no deja intacta la mirada, antes bien la modula. La realidad impone sus leyes y el filósofo literato, sin perder su identidad, adapta su visión. En otros términos, y en ello ciframos el mayor interés de nuestro autor, sin que sea abandonado el eje racional-moral, éste va a girar desde una ilustración ingenua, utópica, que asume casi románticamente la idea de progreso, que cree por ende poder

abrazar aquí el ideal hacia un realismo ilustrado, consciente de las dificultades del Bien político moral en el mundo. La realización del mismo, su objetivo filosófico-práctico último, es una tarea compleja, plagada de obstáculos que exigen una lucha titánica. Los obstáculos son tanto subjetuales, la insociabilidad humana, como objetuales, las diversas legalidades sociales y la legalidad sistémica.

Soslayando otras transformaciones teóricas conllevadas por su evolución filosófica, es en el terreno político donde la progresión realista de nuestro autor se torna más evidente e interesante para nosotros, para nuestro comienzo del siglo XXI. En primer lugar, asume la importancia de la política como herramienta emancipadora básica, por encima de la literatura, el arte y la propia educación. En segundo lugar, y ello es a nuestro juicio lo más relevante, cobra conciencia de las aporías intrínsecas a toda *Geistespolitik* o política racional-moral, emancipadora, que pretende al tiempo la eficacia, esto es, que sea realista. Nos referimos a la difícil confluencia entre eficacia económica y moralidad, esto es, justicia social, a la contraposición entre la necesaria lucha política que desborda los límites institucionales, incluso revolucionaria, con sus innumerables riesgos, y la fidelidad a los mecanismos de la democracia formal, con sus virtudes, pero también con sus innegables insuficiencias. Nos referimos, en definitiva, y a manera de colofón, a la contradicción política suprema analizada largamente por el marxista F. Newmann, entre libertad, entendida como forma compleja, y soberanía.

Enrique IV, una de las últimas novelas de H. Mann, será, amén de un análisis, un intento de solucionar estas aporías. Se hará a través de un *deus ex macchina*, el propio rey, quien acogerá en su seno toda la complejidad política, superando, sin duda de manera artificiosa, y a través de sus numerosas virtudes políticas, astucia, sabiduría, valor y humanitas, las diferentes contradicciones.

5. CONCLUSIONES PARA EL PRESENTE

La solución manniana, y de la novela *Enrique IV*, es fallida en lo concreto, en el sujeto político, pues concluye en un cesarismo como solución forzada a las aporías. Ahora bien, ello, a nuestro juicio, no es óbice empero para que la posición no sea acertada en lo esencia y general. En otros términos, la cuestión está bien planteada teóricamente.

Sólo desde el reconocimiento de las aporías de la política moral y desde el esfuerzo continuo por superarlas, sólo desde una *Geistespolitik* realista, consciente de sí misma, es posible pensar y liberarse a un tiempo de diversos errores y riesgos filosófico-políticos: del pensamismo tentador y acuciante de la razón, tal como se daba en la ilustración romántica de Frankfurt, de la justificación satisfecha del *status quo*, bien que adopte la forma de un cinismo realista, propio del neoliberalismo, bien adopte la de la sacralización de la democracia liberal y la economía de mercado, incluido el modelo americano, presente en el liberalismo. Sólo desde ahí es posible asimismo liberarse del autoritarismo ilustrado, mesiánico o no, de la ortodoxia marxista, y de la propia ingenuidad utópica ilustrada, humanista, irenista, que confía ciegamente en el *logos* como se diera, en un principio, en nuestro autor.

Este camino esbozado, no resuelto ni llevado a su último extremo por H. Mann, es en definitiva aquél que permite una teoría y práctica política prudentes, pero sin cejar, combativas, así como un resurgir de la intelectualidad en sus sentido prístino. Es la salida emancipatoria, creemos, del siglo XXI.

Venancio Andreu Baldó.